

LA PRINCESA AZUL Y PEPE PAN
TRAS EL MISTERIO
DE LA CLAVE WIFI

José Ramón Gómez

LA PRINCESA AZUL Y PEPE PAN
TRAS EL MISTERIO
DE LA CLAVE WIFI



Primera edición: noviembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Ramón Gómez

© Ilustración de portada: Helena Valenzuela Widerström

IG: @lazyrobot

© Ilustraciones interiores: Azul Serrano

ISBN: 978-84-120982-2-8

ISBN digital: 978-84-120982-3-5

Depósito legal: M-36026-2019

Libros que no muerden

c/ Marcenado 14

28002, Madrid

IG: @librosquenomuerden

editor@flandes-editorial.com

www.flandes-editorial.com

Impreso en España

*A mis hijos y sobrinos,
de lo mejor de este mundo*

ÍNDICE

DICHOSAS MAQUINITAS

Las princesas también se tiran pedos, of course.....	13
Dichosas maquinitas.....	21
La bibliobuhardilla.....	29

COMIENZA LA AVENTURA

El puente, el cuadro o la clave.....	39
Un puente sin ser festivo.....	45
El Allosaurus.....	51
El halcón.....	57

NUNCA JAMÁS

Neverland.....	63
Pixie Hollow	67
Jolly Roger.....	75
El USB.....	79
La mano de Garfunkel	83
Pepe youtuber.....	89

QUIJOTILLOS

Aventura cervantina.....	101
Gigantes.....	107
Amigos para siempre.....	113
El accidente.....	121

DE VUELTA

Sueño.....	127
Conversación con Azul y Pepe.....	131

Dichosas maquinatas

Las princesas también se tiran pedos, of course

Aquello había sonado como un pedo y olía como tal: a basura mezclada con huevo podrido. Sí, señor, un diez en la escala de cualquier chaval, si es que tu intención es apestar a los de alrededor. Un pedo honradete, ruidoso y corto, nada de una bufa huérfana de olor, ni peditos cómicos con final agudo. Un Señor pedo.

—Azul, ¿qué ha sido eso?

—Es que... me duele la tripa.

Y por la carita sonrojada que se dibujaba bajo su pelo pajizo, parecía verdaderamente sincera. Los ojos negros aguantaban una lagrimita.

—Si te pones morada a boquerones, pues pasa eso.

Pepe, su hermano pequeño, le intentaba explicar una de las posibles causas.

—Joo... Es que tenía hambre y estaban muy ricos.

—Claro, los aperitivos del tío Jose son los mejores del mundo. Yo *m' hinchao* a aceitunas.

El tío Jose, que estaba sentado a la mesa con ellos, empezó a sonreír; los primos Juan y María, junto a su hermana mayor, Andrea, también; y un experto en perros como Borja, el que sale en la tele, diría que hasta la perrita Laska estaba sonriendo. A sus primos pequeños, Amelia y Rafa, los hijos de su otro tío, no les hizo gracia, porque estaban durmiendo la siesta y porque eran demasiado chicos para entender los comentarios. Ellos sí que se podían tirar pedos sin ningún problema de censura, hasta les reían las gracias. Claro, era lo bueno de tener dos añitos. Eso sí, si hubieran estado despiertos y en la mesa, habrían dejado de masticar por un segundo para sonreír también, porque hablar, no hablaban mucho, pero pillarlas, las pillaban todas al vuelo.

En fin, que el pedo y los comentarios de Pepe les habría hecho reír a todos. Bueno, a todos, menos a Azul, que seguía encontrándose un poco mal.

—Azul, no te preocupes. Si te encuentras mal, no comas macarrones. Te tumbas un ratito, a ver si se te pasa y descansas.

—Es que están muy ricos.

—Bueno, pues cómetelos despacito, suave, suavcito, pasito a pasito —todos volvieron a reír con la

gracia del tío Jose, más bien por lo mal que cantaba. Si se entrenaba un poco podría ir a Eurovisión—. Aquí, el único que tiene prisa soy yo, que entro a trabajar... A ver qué hora es... ¡Lechugas!, pero si me tengo que ir ya. Chicos, portaros bien, y tú, Azulita, come despacio lo que te apetezca y luego te tumbas a reposar con los dragones.

El tío Jose señalaba con la cabeza hacia el sofá donde dormían los pequeñajos.

—¿Y la piscina?

—Hasta las cinco no podemos salir al patio. Son las normas del vecindario, Azul —María era la prima mayor. Tranquila y reposada, llevaba bien ese papel; consciente, sobre todo, de que sus primas pequeñas se fijaban en ella para casi todo.

—Yo ya he terminado, Pepe, voy preparando la Play.

Juan, el primo mayor y hermano de María, con su nervio habitual, había terminado de comer el primero. También tenía su pequeña fotocopia en Pepe.

—¡Juuaan, espérame!

Las prisas por la videoconsola le pudieron a las ganas de comer. Pepe tomó el plato entre sus manos para llevarlo a la cocina como su primo. Cuando estaba a punto de salir por la puerta, se detuvo e hizo un intento por comer directamente del plato unos macarrones poniendo morritos y absorbiéndolos.

—Pero, Pepe, que son macarrones, no espaguetis
—Andrea, la hermana mayor de Azul y Pepe, había estado callada hasta ese momento. Sus dos ojazos, como soles negros, habían estado observándolo todo— María, y nosotras ¿qué vamos a hacer?

—Pues si se queda Azul aquí abajo podemos subir a mi habitación y vemos algo en la *tablet*.

—Joo, pues me voy a aburrir yo sola.

—Aquí no se aburre nadie, Azul. —El tío Jose bajaba por la escalera vestido con pantalón largo y camiseta. Pasó al salón para recoger la cartera y el teléfono— Ponte lo que quieras en la tele con el sonido bajito, o que María suba a la buhardilla a por algún cuento, que tenemos un montón, y si no, le das a la imaginación y te vas a viajar por esa ventana. Además, tú eres toda una artista y lo que es imaginación, no te falta.

Azul miró hacia donde señalaba el brazo del tío, y allí no había ninguna ventana. Las ventanas tienen un marco, cristal y dan a la calle, a los patios o, con un poco de mala suerte, a otras paredes. Aquella ventana no tiene nada de eso porque era... un cuadro. Eso sí, gigantesco, pues ocupaba casi toda la pared. Azul no recordaba haberlo visto nunca antes en casa de sus tíos. Era algo misterioso.

Con el paisaje de una especie de selva al fondo y, en primer plano, un puente de madera sobre lo que parecía un precipicio. Estaba chulo.

—Andrea, ¿tú te habías fijado en ese cuadro tan...?

Azul se había quedado sola en la mesa. Bueno, sola, sola del todo, no; estaban Rafa y Amelia *sobaos* en el sillón. Y también la perrita, sentadita a su lado, esperando que le cayera algo de comida humana.

Azul no se acordaba muy bien qué significaba el nombre de Laska, algo de amor o eso y tampoco entendía por qué decían que era un perro bodeguero. Sería porque, al ser un perro adoptado en la perrera, sus dueños lo habrían abandonado en una bodega, aunque no todos los nombres tenían que significar algo. Ella se llamaba Azul y no era como Pitufina. Además, la directora del cole se llamaba Dulce y no era precisamente amable y cariñosa.

Le seguía doliendo un poco la barriga y con tanto boquerón ya no le apetecía mucho seguir comiendo. Miró a Laska y le dio un poco de pena, así que agarró un par de macarrones y se los dio. Fue visto y no visto. Los había tragado, igual que cuando en casa cenaban hamburguesas, y le había empapado de babas toda la mano.

Definitivamente ya no iba a comer más.

Llevó el plato y el vaso a la cocina y, al volver al salón, se detuvo a pensar qué le apetecía. La tele estaba encendida en el canal de Baby tv, pero sin sonido. Hasta las cinco no podía ir a la piscina, jugar a los



Littlest Pet Shop con el estómago lleno y dándole retortijones como que no, algo más tranquilo, pero tampoco le apetecía echarse la siesta, además, los peques tan solo le habían dejado un hueco mínimo en el sillón, imposible dormir en él, quizás leer. Algo había dicho el tío de unos cuentos y estaría bien leerse alguno de los que le gustaban.

De aventuras. Automáticamente fue pensar en aventuras y su mirada se clavó en el cuadro del salón, ese que le había señalado el tío.

«Estaría bien poder cruzar esa ventana y vivir una tardecita de aventuras». Así sí que no se aburriría.

Se acercó hasta el cuadro, ¡era enorme!, y de ventana tenía poco, ni podía abrirse ni podía moverse, o al menos ella no tenía ni idea de cómo hacerlo.

«Quizás sea una especie de puerta secreta y hay que meter la clave».

Seguro que era eso.

«Claro, meter una clave, como la del wifi».